

- c) La delincuencia.¹⁸
- d) El afán de ascenso social.¹⁹
- e) Genealogía vil.
- f) Encuentro con un mundo hostil.
- g) Malas compañías.
- h) El ingenio como arma principal para sobrevivir.
- i) Condición habladora.²⁰
- j) Excusarse acusando.²¹

También es capital, al igual que en las aventuras de *Lazarillo* o del *Pícaro*, la dialéctica interna entre la apariencia y la realidad.

Todos estos aspectos fundamentales del género están presentes en *La Pícaro Justina*. Ahora bien, ¿cómo se desarrollan? ¿De qué manera se configuran? Aquí radica el problema que espero resolver satisfactoriamente.

Entre los rasgos meramente estructurales planean problemas a), d) y e). En cuanto a los caracteres del pícaro, son cuestionables b) y f) solamente. Este hecho, sin más, nos encamina, a lo que creo, hacia el género literario de *La Pícaro* con claridad, porque, además, los problemas no son obstáculos insalvables.

Alterando el orden, y comenzando por los rasgos del pícaro, no hay duda de que Justina, como buena pícaro, encarna el antihonor y, mientras adopta una cara ante la sociedad, esconde otra de ella, con lo que representa en su vida una parodia del concepto externo y superficial del honor, que sólo reside en opiniones de los demás y en elementos superficiales y aparentes.²²

La fase mendicante de Justina es, ciertamente, una burla de *Guzmán de Alfarache*, ya que la pícaro se disfraza de pobre envergonzante por pura codicia, para comprarse una joya de la que se ha encaprichado, mientras que Lázaro pedía limosna por necesidad y hambre, al igual que Guzmán, al menos en parte, que además justificaba su etapa mendicativa con la pretensión de descubrir las mañas y trucos de los falsos pobres.

La delincuencia no plantea problemas importantes, porque tanto Guzmán como Justina son ladrones y estafadores. De modo similar, el afán de ascenso social que mueve a Lázaro y a Guzmán es también observable en la heroína, que al igual que aquéllos acaba por ser finalmente ridiculizada en sus pretensiones. Lo que diferencia a la pícaro de

¹⁷ Para esta cuestión, desde distintos puntos de vista, son de imprescindible consulta, José Antonio Maravall, «Pobres y pobreza del medievo a la primera modernidad (para un estudio histórico-social de la picaresca)», en Cuadernos Hispanoamericanos, 367-368, enero-febrero de 1981, págs. 189-242, en concreto sobre *La Pícaro Justina*, pág. 225. Y Edmond Cros, «Del Lazarillo al Guzmán: ensayo de definición del pícaro», en Mateo Alemán. Introducción a su vida y a su obra, Salamanca, Anaya, 1971, págs. 173-183.

¹⁸ Cf. simplemente Alexander A. Parker, Los pícaros en la literatura, Madrid, Gredos, 1971.

¹⁹ Vid. José Antonio Maravall, «La aspiración social de "medro" en la novela picaresca», en Cuadernos Hispanoamericanos, 312, junio de 1976, págs. 590-625.

²⁰ Cf. Gonzalo Sobejano, «Un perfil de la picaresca: el pícaro hablador», en Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa, III, Madrid, Gredos, 1975, págs. 467-485.

²¹ Vid. José F. Montesinos, «Gracián o la picaresca pura», en Ensayos y estudios de Literatura Española, Madrid, Rev. Occidente, Col. Selecta, 1970, págs. 141-158.

²² Vid. nota 2. En el artículo citado he demostrado la bipolaridad de la personalidad de Justina a que me refiero ahora.

sus predecesores es la burla implícita de su compleja mezcla social y casticista: «montañesa», a la vez hidalga y «cristiana nueva», con ínfulas de dama, que se disfraza de morisca y es aldeana de profesión mesoneril. Todo ello hace que el anhelo escalador de Justina tenga mayor contenido satírico en lo que a los problemas de la honra y la genealogía se refiere.

La ascendencia, plenamente marcada por su vileza, sigue también el esquema que iniciara el de Tormes y continuara Alemán, aunque la mesonera burlona lo hiperboliza al máximo, por dos razones: 1) Porque Justina comienza su autobiografía en el momento mismo de nacer, y, jocosamente, vuelve a introducirse en el vientre de su madre, porque —dice— tiene frío. 2) Porque el linaje deshonoroso de la heroína está mucho más henchido de «manchas» de toda índole (sociales, morales, religiosas, casticistas), y, además, no se reduce a los vicios de sus padres (como Lázaro), ni añade sólo una abuela (como Guzmán), sino que se remonta hasta sus tatarabuelos, pasando por abuelos y bisabuelos.

Por lo mismo, el determinismo radical de la herencia es aún mayor en Justina que en los fundadores del género, al igual que el ambiente es más negativo. La dialéctica básica entre determinismo y libertad, generadora de acciones en el *Guzmán de Alfarache*, es también funcionalmente nítida en *La Pícaro*, que, más condicionada que ninguno de sus congéneres por la herencia y el ambiente, se ríe de ello, jactándose a menudo de vivir conforme a su gusto y libertad («en Justina, de gusto y libertad hay una mina»).

En cuanto a su carácter parlero, a su condición locuaz, no hay duda tampoco de que la mesonera supera por exageración a sus antecesores, pues su parla incesante no se limita a narrar su vida, ni a dirigirse al lector, o a su otro «yo» (como Guzmán), sino que incluso tiene como interlocutores objetos inertes, plumas, pelos, manchas de tinta, tinteros, papeles...

El procedimiento básico de la moral picaresca es utilizado por la heroína a la perfección, excusando sus numerosas tachas con el mecanismo picaral de acusar a los demás de ellas, que en este caso son todas las mujeres, con lo que funda la misoginia como carácter inherente a las novelas de pícaro, al cargar sobre el sexo débil en general sus incontables culpas.

Justina, de otro lado, se sirve del ingenio como principal medio de solventar cuantas situaciones embarazosas encuentra en su deambular, y lo hace superando en ocasiones a todos sus predecesores masculinos, como sucede en el cambio del agnus por el Cristo de oro del fullero Marcos Méndez Pavón.

Finalmente, era condición esencial al realismo de la autobiografía la transformación del niño ingenuo en pícaro, el paso de la inocencia a la malicia que se desarrollaba simultáneamente al descubrimiento de que el mundo era un enemigo en el que un desaharrado sólo podía sobrevivir con su agudeza. Justina, de nuevo, innova este rasgo, pues se jacta de ser pícaro «de ocho costados», *ab initio* —«desde labinición», dice ella—. Para la astuta leonesa (puesto que no hay sentido realista en la obra) el descubrimiento del mundo hostil no es una experiencia amarga que marca su vida, sino un obstáculo más del que sale victoriosa. No hay, en verdad, «despertar de la pícaro», que está ya bien despierta desde el primer momento. Ella misma critica a Guzmán por esa falta de picarismo total (es decir, por su parcial humanidad), cuando dice lo siguiente: «Vean

que sois pícaro de ocho costados, y no como otros, que son pícaros de *quién te me enojó Isabel*, que al menor repiquete de broquel se meten a ganapanes. Una gente que en no hallando a quien servir, cátales pícaro, y, puesto en el oficio, vive forzado y anda triste contra orden de picardía. Yo mostraré cómo soy pícaro desde labinición (como dicen los de las gallaruzas), soy pícaro de a macha martillo» (págs. 170-71). Y ello, otra vez, a causa de su insistencia y ahondamiento en las lacras de su herencia, en los factores deterministas con que nace la pícaro montañesa.

Por lo que se refiere a las características morfológicas del género picaresco, hay más problemas. La sucesión en viaje de peripecias diversas se jerarquizaba y dirigía perfectamente hacia un fin concreto en *Lazarillo de Tormes* y *Guzmán de Alfarache*: el «caso» de Lázaro y la «conversión» de Guzmán explicaban y justificaban desde su posición final todos los elementos de la narración. Las aventuras de Justina, en cambio, no están organizadas ni jerárquica ni coherentemente, ya que son una mera serie de sucesos unificados por el personaje, que es a la vez protagonista y narrador, pero que no los encamina ordenadamente hacia ningún lugar definido, lo cual, desde el punto de vista novelesco, constituye un retroceso al esquema que el *Lazarillo* había logrado superar. De ahí la exigua calidad narrativa del *Libro de entretenimiento*.

Ahora bien, este desorden, esta sarta deshilvanada de episodios están explicados, según creo, por el principio y el final del relato, aunque las peripecias no estén ordenadas. Y es que el desorden no implica necesariamente falta de justificación, aunque sí carencia de sentido vital y realista. Porque, de hecho, la hiperbólica y determinante estigmatización de la herencia inicial, por un lado, junto a la conclusión de la novela con la irónica boda de Justina (con un hidalgo tahir que la abandona la noche de bodas para jugar unas manos), por otro, enmarcan bien el desordenado desarrollo de su vida, al tiempo que explican esos hechos deslavazados que hay entre ambas pautas. Y ello, a causa de que todos los avatares de la autobiografía de Justina se proyectan obligadamente sobre el principio y el final, con el fin de mostrar que, a la vez, se cumple y se transgrede la ley hereditaria. Y es que, a lo que creo, no hay que buscar justificaciones novelescas en *La Pícaro Justina*, porque como narración es bastante floja, pero sí indagar otro tipo de factores que ayuden a aclarar esos retazos sueltos de vida existentes, aunque sea desde una perspectiva semántica e intencional.

Lo mismo podemos decir de la autobiografía, que, como afirma F. Rico,²³ se convierte en un puro molde carente de sentido, pero igualmente, desde un punto de vista narrativo, ya que si la juzgamos desde los módulos internos del relato, esto es, desde su axial carácter burlesco-satírico, todo se halla explicado. Y ello, porque la utilización del «yo» autobiográfico como único esquema constructivo, según creo, no sólo está justificada plenamente, sino que es necesaria e imprescindible al *Libro de entretenimiento*, puesto que éste pretende ahondar hasta el límite en la problemática de los factores hereditarios supuestamente inevitables, por lo que se hace preciso que *alguien* relate su propia vida y, después de haber desarrollado hiperbólicamente sus innumerables tachas de sangre, se ría de ellas y viva en clara contradicción con las mismas, a fin de parodiarlas.

²³ Francisco Rico, op. cit., págs. 118-120.

Ese *alguien*, además, tiene que ser forzosamente un pícaro o una pícara, un ser de la más baja extracción social, más claramente predeterminado, por ello, que cualquier otro al mal, a la prostitución, al deshonor..., que luego, en cambio, simula vivir como una mujer honesta y casta.

En cuanto a los razonamientos de Bataillon, los más sólidos sin duda, me parece que, no obstante su veracidad, pecan de parcialidad en la visión. Y es que, si no hay duda de que la picaresca es un disfraz, una máscara, tampoco la hay de que todo disfraz posee dos caras igualmente ciertas: la que se oculta (ciudadana) y la que se exhibe (picaresca). Al igual que el resorte clave de la disemia es, en palabras de Gracián, «un significar a dos luces», en el que son igualmente fundamentales las dos acepciones que entran en confluencia, en *La Pícara Justina* la mascarada tiene dos facetas, y la que se ve es la picaresca, por lo que su valor es tan importante como el de la otra faz que se vela. Disfrazarse de pícara implica adoptar actitudes de tal y vivir conforme a los módulos picarescos, que así se convierten en decisivos. Además, y esto me parece fundamental, elegir ese disfraz, y no otro, es de capital importancia, porque presupone una decisión nítidamente pensada y, casi diríamos que obligada.

El *Libro de entretenimiento de La Pícara Justina* es una novela picaresca por necesidad, porque no puede ser otra cosa, porque es obvio que su autor intenta, sobre todo, burlarse de las creencias de su época acerca de la imposibilidad de refutar el determinismo de ambiente y herencia. Y el único género que en los alrededores de 1600 trataba de manera exhaustiva estas cuestiones era el de *Guzmán de Alfarache*.

A causa de ello, la pícara hiperboliza hasta el límite sus condicionamientos hereditarios, se remonta hasta sus tatarabuelos e, incluso, hasta el origen del universo, hasta Eva, a través de la omnipresente misoginia. Y, para esto último, se sirve de un recurso básicamente picaresco, cual es excusarse acusando. Los aspectos ambientales son asimismo exagerados conforme a la tradición picaral, y, a pesar de todo, Justina vive en apariencia como una dama casta y pura.

Es decir, el libro de López de Úbeda no tiene razón de ser, si no es como novela picaresca. Que sea un disfraz o una burla no importa, porque ello no supone argumento alguno que invalide su inclusión en el género. Además, su carácter de máscara es una manifestación superficial más de la ley interna axial que ve todo como mezcla de elementos contrarios y busca la unidad en la dualidad, la perfección en la mixtura, como buena obra barroca.

Las innovaciones picarales de Justina implican, casi siempre, un ahondamiento en los inherentes rasgos hereditarios y ambientales del género, por lo que se explican «desde», «por» y «en» él.

Para nosotros no hay duda de que es una novela picaresca, que fundamenta además su inclusión en el género en algunas de sus constantes definidoras. Es necesaria la autobiografía para que alguien relate su herencia deshonesto en extremo. Es imprescindible que sea un pícaro a fin de que esté predeterminado hasta el límite máximo. Es mejor que sea una mujer para que esa ascendencia se remonte hasta el *Génesis* y pueda argumentarse que fue la primera mujer la que originó los males del mundo. Es clave que el protagonista sea picaresco porque tiene que ridiculizar los convencionalismos y las creencias de la época al respecto, transgrediéndolas después de haberlas asumido. Es,